

LA ILUSTRACION ARTISTICA

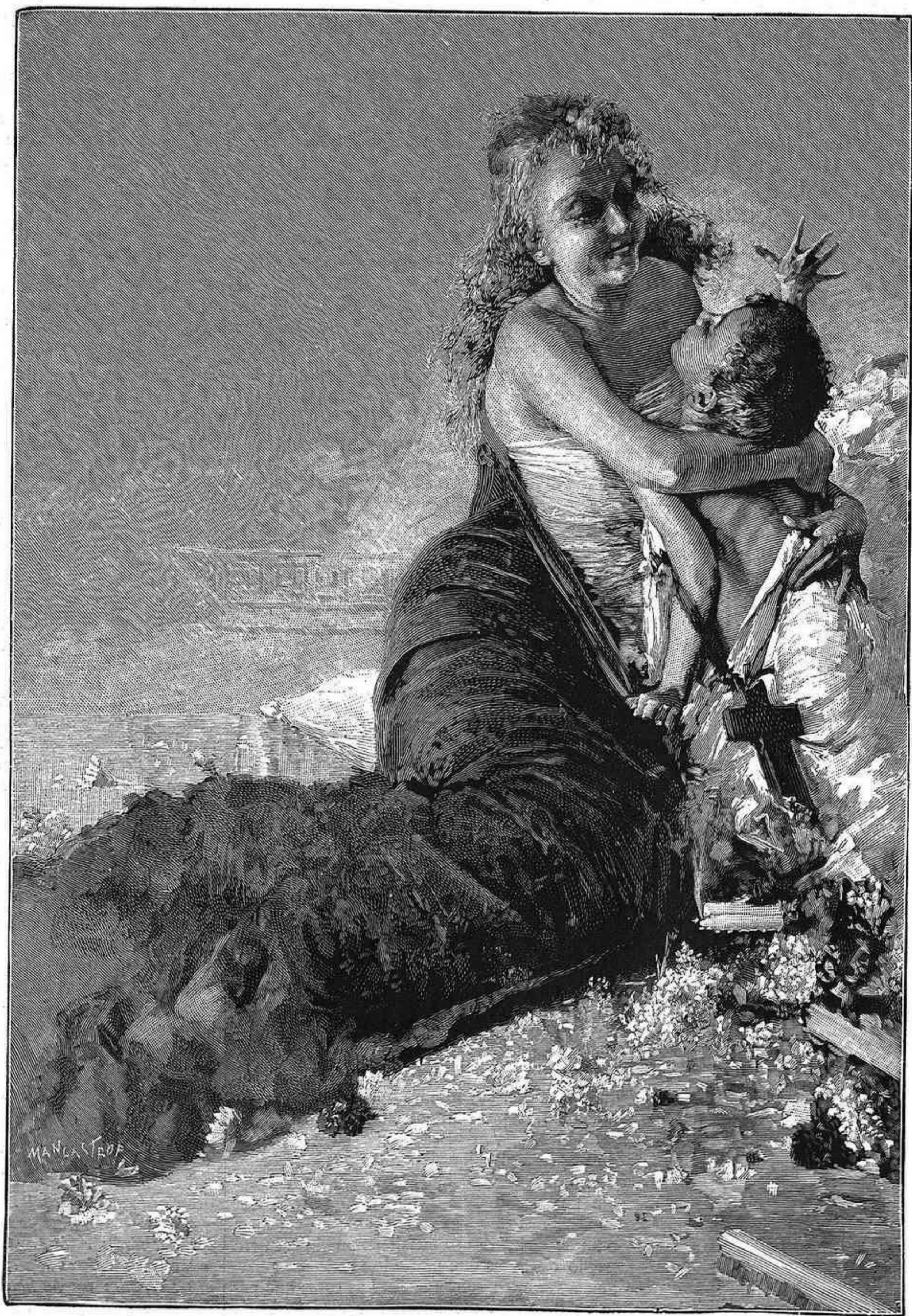
AÑO V

BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1886

NUM. 252

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PINTORES ITALIANOS



RENACIMIENTO, cuadro de Vicente Irolli, presentado en la exposición de Brera

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Efectos de una calumnia*, por don F. Pi y Arruaga. — *Hispala y Silvia* (continuación), por don José Torres Reina. — *La explotación de las minas en el transcurso de los siglos*, por W. de Fonvielle.

GRABADOS. — *Renacimiento*, cuadro de Vicente Irolli. — *El príncipe Alejandro de Oldemburgo.* — *El mercado de Arbucias*, cuadro de Dionisio Baixeras. — *El inválido*, dibujo de A. Forestier. — *La huelga en Bélgica*, dibujo de R. Kohler. — *Visita á los difuntos.* — *Artistas premiados con la gran medalla de oro en la última exposición de Bellas Artes de Berlín.* — *Las minas de hulla en la Edad media.*

NUESTROS GRABADOS

RENACIMIENTO, cuadro de Vicente Irolli

Vicente Irolli es un pintor joven dotado de gran facilidad para pintar de pronto, por decirlo así, sin vacilación, á grandes masas. Su instrucción es sólida, y manifiesta tendencias marcadísimas por un colorido vigoroso. Es más bien un pintor decorativo, que podrá llegar á ser un pintor perfecto.

En la reciente exposición de Brera ha presentado dos cuadros, ambos de concepto simbólico. Titúlase el primero *Mi ideal* y el segundo *Renacimiento*, que es el que reproducimos.

Figura una hermosa joven medio desnuda en actitud de abrazar á un niño tan ligeramente vestido como ella: uno y otro salen de entre fúnebres emblemas. En sus rostros está retratada la expresión del logro de un deseo largo tiempo reprimido é irrealizado; un impulso de amor irresistible: en lontananza se ve el mar, surcado de buques y lanchas, y cierto movimiento que anuncia el despertar del tráfico. El dibujo es vigoroso y acertado; el colorido, de masas homogéneas de tintas opuestas, y el conjunto de bello efecto decorativo.

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE OLDEMBURGO

Este príncipe, candidato del emperador de Rusia para el trono de Bulgaria, desciende de la familia grand-ducal de Oldemburgo, pero es natural y súbdito de Rusia como su padre y su abuelo, y servidor fidelísimo del actual emperador de Rusia Alejandro III. Está casado con la princesa de Leuchtenberg, nieta del emperador Nicolás. Tiene un hijo, Pedro Federico Jorge, que hoy cuenta diez y ocho años y ha sido educado en los mismos sentimientos de ciega obediencia hacia su soberano, tiene el mismo amor á Rusia y á todo lo que es ruso, y la misma indiferencia ó menosprecio que su padre á cuanto es alemán. Además de las cualidades citadas tiene el príncipe Alejandro, como su hijo, la ventaja de pertenecer á una familia soberana de Alemania, lo que le podrá hacer á primera vista más aceptable en el extranjero y en Bulgaria al pueblo y aún á las cancillerías, que si llevara un apellido ruso ó de otro país eslavo.

EL MERCADO DE ARBUCIAS, cuadro de Dionisio Baixeras

De este cuadro puede decirse que no es una pintura, ni una fotografía: es un grupo de *payeses* catalanes trasladados al lienzo en cuerpo y alma. No cabe mayor verdad, más fiel interpretación de los tipos, mayor conocimiento etnográfico. Tenemos la completa seguridad de que si algún hijo de la montaña catalana contempla este sencillo cuadro en extrañas tierras, sentirá esa melancólica á la vez que halagüeña nostalgia, ese efecto fisiológico que conmueve todo el ser al recordar las escenas de la madre patria, esa emoción que causa en un montañés suizo el oír el *Ranz de las vacas* ó en un paisano gallego la característica *muñeira*.

Cuadros como este acreditan á un artista, y Baixeras ha dado bastantes pruebas de ser verdaderamente digno del nombre de tal.

EL INVÁLIDO, dibujo de A. Forestier

Los soldados viejos, los que de la guerra han hecho un género especial de vida, creen que no hay carrera más envidiable á pesar de sus quebrantos y de las desagradables reliquias que á menudo deja, no sólo en el bolsillo, sino, lo que es peor, en el cuerpo. El veterano de nuestro grabado, que seguramente conserva indelebles recuerdos de su azarosa existencia, aunque no ha conservado á la vez ileso su individuo, como lo demuestra la falta de un brazo y una pierna, se enoja con su netezuelo porque en lugar de jugar á los soldados prefiere los bolos. La contemplación de la pierna de palo no debe servir de gran estímulo al rapaz para que atienda los consejos del anciano, pero andando el tiempo, quizás hagan mella en su ánimo, porque al refrán que dice que de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco, pudiera añadirse que también tenemos todos algo de soldado.

Por lo demás, esta escena acredita la fama adquirida por Forestier como discreto dibujante.

LA HUELGA EN BÉLGICA, dibujo de R. Kohler

El célebre novelista francés Emilio Zola traza en su *«Germinal»* el cuadro de una huelga, arma de dos filos, que la maza obrera considera como la única eficaz para alcanzar su bienestar material. Más seria y amenazadora que la pintada por Zola fué la reciente huelga de los obreros belgas, en la cual no dominó ya la reflexión fría que reconoce y respeta los derechos de ambas partes, sino el furor ciego de la miseria reducida al último extremo; á la desesperación, al instinto salvaje de destrucción, aun cuando no falta quien la haya atribuido á intrigas y sugerencias indignas de fabricantes de un mismo artículo industrial. El autor del cuadro nos representa la escena crítica de las negociaciones entre los obreros y el dueño de la fábrica parada ya; el grupo de obreros que escucha al compañero encargado de hablar con el amo, la actitud apasionada y enérgica del comisionado, la expresión del dueño, á la vez enérgica y condolidada, los nuevos contingentes de obreros que acuden á engrosar el grupo principal, todo rebosa naturalidad, todo está perfectamente entendido y agrupado, y es la fiel representación de un cuadro social moderno de admirable ejecución artística.

VISITA Á LOS DIFUNTOS

Este bello grabado está impregnado de tal melancolía y tristeza que nuestra descripción había de ser forzosamente triste y melancólica. Difícil será que haya uno siquiera de nuestros favorecedores que, en estos días consagrados á dedicar más especialmente un recuerdo á los difuntos, no tenga que hacer á su vez una visita al lugar en que descansan las cenizas de algún deudo, no deba encaminarse á la mansión de los muertos con la misma angustia en el corazón que las dos atribuladas jóvenes de nuestro dibujo.

Ellos se harán, pues, las consideraciones que éste les sugiera, sin que nosotros demos nuevo pábulo con las nuestras á su duelo y su quebranto.

ARTISTAS PREMIADOS

con la gran medalla de oro en la última exposición de Bellas Artes de Berlín

Los arquitectos *Enrique Kayser*, natural de Duisburg donde nació en 1842 y *Carlos de Grossheim*, hijo de Lubeck, han sido premiados cada uno con medalla de oro por la magnífica puerta y ves-

tíbulo del edificio construido para la misma exposición de este año, y otras obras ejecutadas en Berlín y en muchas ciudades de Alemania. Ambos son individuos de la academia de Bellas Artes de Berlín; Kayser aprendió los oficios de cerrajero y albañil, y Grossheim el de carpintero. Este último cuenta un año más que su compañero y el arte decorativo y la ebanistería de Berlín le deben su actual regeneración y vuelo.

Rodolfo Alt nació en Viena en 1812, es acuarelista fecundo, inteligente y distinguido, habiendo recibido su educación artística principalmente en Italia.

Augusto Correlli, natural de Roma, es discípulo de la academia de San Lucas. Su acuarela: *«Mi pobre María»*, que le valió la medalla de oro en la última exposición de Amberes, le ha hecho ahora acreedor á la gran medalla de la de Berlín. De sus lienzos más célebres citaremos sólo *«Las Lavanderas de los Abruzos»* *«Preparativos para la procesión»* y la *«Vuelta del campo»* adquirido por el museo Brera de Milán.

Arminio Baisch, nació en Dresde en 1846; aprendió los primeros rudimentos de dibujo en Stuttgart y continuó sus estudios en Munich. Obtuvo una medalla de oro en la exposición internacional celebrada en 1883 en la misma ciudad, y ha ganado otra en Berlín. Algunos cuadros suyos figuran en los museos de Dresde, Hannover, Wiesbaden y Berlín.

Claus Meyer, natural de Linden cerca de Hanover, no ha cumplido todavía 30 años, y ha seguido su carrera en Munich. Por su *«Convento de beguinas holandesas»* consiguió la medalla de oro en la exposición de Munich de 1883. El lienzo *«Los jugadores de dados»* expuesto este año en Berlín y adquirido para el museo nacional le ha valido una distinción igual.

Eugenio Ducker, establecido en Dusseldorf, pero natural de Livonia en Rusia, nació en 1841, y es discípulo de la academia de artes de San Petersburgo donde ganó la medalla de oro y la correspondiente pensión para pasar seis años en el extranjero. Es célebre por sus marinas y paisajes de las comarcas septentrionales.

Victor Tilgner, conocido escultor de Viena, cuenta hoy 42 años, y sus obras figuran en muchos de los monumentos arquitectónicos con que se ha ido embelleciendo la capital de Austria en los últimos veinte años.

Huberto Herkomer es natural de Baviera, pero siguió su carrera en Inglaterra, empezando sus estudios en la escuela de Bellas Artes de Southampton y continuándolos después en el museo de South-Kensington. Hoy es profesor de la escuela de Bellas Artes de Oxford. Un solo lienzo, el retrato de la hermosa señorita Grant, ha causado en Berlín la admiración de los inteligentes, y le ha valido la apetecida recompensa.

Federico Geselschap nació en Wesel en 1835. Recibió su educación artística en la academia de Bellas Artes de Dresde, se perfeccionó primero en Dusseldorf y después en la pintura ornamental en Roma, desde 1866 hasta 1871. De allí pasó á Berlín, donde le dieron celebridad sus pinturas de la cúpula y de los frisos y entrepieños del arsenal de aquella capital. Tres cartones de este friso, exhibidos en la actual exposición, le han valido la gran medalla de oro.

El barón *Juan Eveatt Millais* nació en 1829 en Southampton (Inglaterra); pasó su juventud en Francia, de donde es oriunda su familia, y en la isla de Jersey; concurrió á la escuela preparatoria de Sass y después á la academia real de Bellas Artes de Londres. Aun no tenía 14 años cuando ganó una medalla de plata, y antes de cumplir los 18, la de oro por su cuadro *«Rapto de mujeres por los benjamitas.»* El año anterior, 1846, había expuesto por vez primera un cuadro que representaba la *«Prisión del inca Atahualpa.»* El cuadro por el que acaba de merecer este artista la gran medalla de oro en la exposición de Berlín lleva por título: *«El guardián de la Torre de Londres.»* Además ha expuesto dos retratos.

EFECTOS DE UNA CALUMNIA

monólogo dramático

PERSONAS: Ester, hija de D. Fernando (no habla)

ÉPOCA ACTUAL

ACTO ÚNICO

Decoración: gabinete lujosamente amueblado. Por la puerta del fondo se verá una alcoba.

ESCENA I

Ester en traje de mañana, el cabello suelto y los brazos desnudos.

Ester. Al fin he podido descansar. ¿Qué hora será? (*mirando al reloj*) Las doce. ¡Qué temprano!... ¡Cómo me fatigué anoche! Cuando volví del baile clareaba ya... He aquí mi ramo de flores y mi abanico... Aquí mis guantes... Mi pañuelo en este otro lado... Mi vestido de baile sucio y arrugado en este rincón. Probablemente no volveré á usarlo. (*Lo recoge todo y lo va colocando sobre las sillas.*) Lo peor es que aun estoy cansada. El baile es una de mis más grandes aficiones. (*Pausa.*) Pensar que en un espectáculo que tanto me divierte hay quien se aburre, es más, hay quien padece, hay quien no llora por no hacer público su dolor!... Y precisamente son esas tristezas lo que más me divierte. La verdad es que yo debía disimular algo más esta afición al dolor ajeno. Todos me la conocen. Yo, que no dejo de escuchar porque soy curiosa, he oído más de una vez decir á mis amigas que sería una excelente muchacha si no me gustaran tanto los chismes; pero ¡cómo ha de ser!... Acaso me tienen envidia. Fuere lo que fuere, lo cierto es que yo no lo puedo remediar. Me hace gracia ver á los demás reír. Las caras que ponen cuando se disgustan me hacen reír con todas mis fuerzas.

(*Suelta una alegre carcajada. Se levanta con rapidez y se acerca al espejo. Frente á él y como si con él hablase, sigue el monólogo mientras peina con cariño sus cabellos.*)

— Anoche asistí por segunda vez al baile y de seguro que dí lugar á más de dos pendencias. Desde mi presentación á la sociedad puedo congratularme de haber deshecho un número regular de bodas. Donde sé que hay una suegra hago en seguida llegar rumores de insubordi-

nación por parte del yerno y cáteate una algarada monumental; pero sobre todo los suegros, esos me divierten hasta la saciedad.

(*Comienza otra vez á reír y no cesa de hacerlo en largo rato.*)

— En medio de todo es esta diversión bien inocente. Nunca llega la sangre al río. Anoche mismo Ernesto, uno de esos jóvenes téticos que me persiguen á sol y á sombra, un jovencito tímido y triste que apenas se atreve á iniciarme sus pensamientos, me expuso y se expuso á un lance desagradable. La orquesta había comenzado las primeras notas de un wals. Paseaba yo al rededor del salón del brazo de Ernesto y dispuesta á lanzarme cuando él quisiera. Él me miraba con insistencia y con insistencia también miraba á una joven sentada con otras varias cerca de una de las columnas laterales. Ella le sonreía con intención y él también con intención la sonreía. Como estos jóvenes serios y graves, que en honor de la verdad me aburren soberanamente, suelen ser de los que las matan callando, me disgustaron aquellas miradas y aquellas sonrisas. Sin amarle, porque yo no sé lo que es amor, sentí celos y me dispuse á la venganza. — Conozco aquella joven á quien V. mira, — le dije con indiferencia y como dejando caer desdeñosamente mis palabras. — ¿SÍ? ¿la conoce V.? — me contestó con vivacidad. — Sí, la conozco, — le respondí insistiendo. — Si no me han engañado, — añadí con el mismo desdén, — no es su vida de las más santas, ni recomendables. Tiene, — dije misteriosamente, — ciertas relaciones con un caballero... Yo no sé, yo no sé; pero así me lo han dicho. — ¿Está V. segura? — No, no; pero me lo han dicho. Es más, él, á quien conozco, él mismo lo dice. — ¿Quién, — repuso Ernesto con vivacidad, — quién es? — No sé cómo se llama. — Déme V. sus señas. — Es alto y delgado. — ¡Ah! — añadió fuera de sí dándose una palmada en la frente, — es aquél, — y me señaló á un extremo del salón mientras yo miraba al otro. — Sí, — le contesté, — ese mismo. — Siguió él todo aquel baile más silencioso que de costumbre. Yo reí y hablé como siempre. Después pregunté á una amiga quién era la joven á que Ernesto miraba y me dijo: — ¿Aquella? Es su hermana. — Luego oí hablar de un desafío; pero á última hora se dijo que habían los contendientes cambiado las tarjetas. Yo creo que eso sería para poner las paces y ofrecerse la casa.

(*Como si este recuerdo de su última aventura la hubiera entristecido se sienta en una de las butacas y queda pensativa.*)

— ¡Qué tonto es eso de los desafíos! Anoche cuando oí hablar del que sin duda estuvo en vías de realizarse entre Ernesto y algún otro, quizás el que en el baile me señaló y yo no miré, me estremecí.

(*Pausa, como si siguiera primero el impulso de alguna idea que la atormentara y más tarde como queriéndose desprender de esa misma idea.*)

— Pobre Ernesto, único sostén de su viuda madre cuya vida alienta con el fuego de su amor... Pero ¡qué tétrica estoy! Esos tipos melancólicos le pegan á una su romanticismo y su tristeza... Las doce y cuarto. Pronto me llamarán á almorzar. Entretanto leeré este periódico. (*Cogiendo uno de la próxima mesa.*) *El Imparcial*... (*Leyendo*) *La actitud del gobierno*... La pasaremos por alto. *Sección de noticias.* (*Pausa larga. Con sorpresa y leyendo agitada*) *Anoche á última hora se decía en los círculos de la buena sociedad que se había suscitado un incidente desagradable entre el conocido diputado de la mayoría D. Fernando de León y un joven muy apreciado en nuestros aristocráticos salones.*

(*Se levanta con extraordinaria prontitud y recorre á grandes pasos la habitación.*)

— ¡Dios mío!... Mi padre... ¡Un desafío!... Y ese joven, ese joven es Ernesto... ¡Ah!... Horrible castigo á mi maldad... Acaso el que Ernesto me señaló y yo no ví fué mi propio padre. Acaso la calumnia que profirió cayó sobre la cabeza del autor de mis días. ¡Horrible, horrible!... Esto no puede ser. Voy á quedar huérfana... Son las doce y media... A estas horas puede haber muerto ya mi padre! ¡Espantosa expiación!... ¡Qué despacio anda este reloj! Quizá sea un sueño... Veré si mi padre está en casa. Voy corriendo á buscarle.

(*Va á hacerlo cuando repara en una carta que estará escondida entre los papeles de la mesa.*)

Pero ¿qué es esto? — Una carta. ¿Quién puede remitírmela? (*Abre la carta. Leyendo*) *Señorita: la joven que ayer me señaló V. como infame era mi hermana y el hombre que según V. la había ofendido, su propio padre. Comprendo que todo es una calumnia de V.; lo comprendo porque su padre me ha hablado con sinceridad; pero como yo ignoraba quién fuese V. y quién su padre, he llevado la ofensa al terreno que debo y á la hora en que V. lea esta carta el desafío estará realizándose. (Interrumpe la lectura y se mesa los cabellos con rabia. Recitando)* ¡Qué desagradada soy! ¡Qué lección tan humillante y tan dura! ¡Soy una infame, soy una infame!... ¡Odio, odio eterno sobre mí!... (*Leyendo*) *Hoy mismo uno de los dos dejará de existir... (Recitando)* ¡Parricida!... Yo, yo sola tengo la culpa de esa desgracia espantosa... ¡Padre, padre!... Yo te adoro... ¡Ernesto, Ernesto!... Yo te amo... Perdonadme... Cruel, muy cruel... ¡Padre, padre mío!... ¡Ernesto, Ernesto!... Yo te hubiera amado tanto. (*Comienza á moverse y á gesticular como si*

se hubiese vuelto loca. Leyendo) No tema V. sin embargo, Ester. El que morirá soy yo. El desafío es á muerte y yo que conozco y adoro á V. no permitiré que sea su padre la víctima. El abismo que se abre entre los dos hace ya para siempre irrealizable mi amor. Ester, no tema V. Yo erraré todos los tiros. Yo no le apuntaré siquiera. Tranquilícese usted; pero á cambio de esa vida que pudiera corresponderme, prométame V. rezar por mi madre y mi hermana, por mi pobre madre que quedará para siempre sin amparo. Adiós. Su padre nada sabe de la intervención de V. en este asunto. Ocullesela V. Corrijase para lo sucesivo y guarde mientras viva un recuerdo para este pobre amante.

ERNESTO

(Recitando) Yo me vuelvo loca. Me siento mala... ¿Qué es esto?... ¡Cielos!... ¡Cielos! Yo hubiera sido feliz entre los dos... ¡Qué corazón tan excelente el suyo! ¡La suya qué desgraciada madre!... ¡Ernesto!... Dios mío, consérvale la vida.

ESCENA II

ESTER Y D. FERNANDO

(Se abre la puerta y entra por ella D. Fernando en trágica actitud. D. Fernando viene pálido. Ester, encendido el rostro por la cólera, clava sus ojos en los de él y así permanecen un instante padre é hija. Cuando D. Fernando se propone romper el silencio, ella le detiene y abrazándole pregunta)

— Padre mío, tú vives; pero ¿y Ernesto y Ernesto, padre?

(D. Fernando no contesta.)

¿Le has matado?

(D. Fernando hace un signo afirmativo mientras sujeta por los brazos á su hija que se agita nerviosa.)

Ester (fuera de sí y como respondiendo al signo afirmativo de su padre)

No, no. Tú no le has matado. El se ha dejado matar por salvar tu vida. Quien le ha muerto soy yo, yo mil veces miserable. (Se deja caer en los brazos de su padre y queda como muerta.)—(Telón.)

F. PI Y ARSUAGA

HÍSPALA Y SILVIA

POR DON J. TORRES Y REINA

(Continuación)

— ¡No, no, no puedo engañarme! Mi alma entera es tuya desde el momento en que te vi! Pronuncia una palabra, tan sólo una, y mañana te consagraré mi amor ante los altares de Juno.



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE OLDEMBURGO candidato del Emperador de Rusia para el trono de Bulgaria

— Sueñas un imposible, — interrumpió Silvia.
 — ¿Imposible?
 — Imposible.
 — ¡No, no! óyeme, Silvia... Yo invoco aquí los manes sagrados de mis padres; yo invoco al divino Júpiter, protector de las águilas capitolinas! Ante ellas, óyelo bien, Silvia, ante ellas te juro hacerte mi esposa.
 — ¡Calla! ¡calla!... — exclamó la joven; estás pronunciando juramentos terribles...
 — Quiérello tú, y esos juramentos serán cumplidos.
 — No te dejes llevar de arranques pasajeros; no pretendas realizar imposibles. ¿No comprendes qué abismo nos separa? Sigue mis consejos; ve y recorre la ciudad de Roma; busca en el patriciado, entre las familias más renombradas por su virtud, una joven que sea digna de tí, y condúcela al altar de las bodas legítimas. Únete á una patricia, y vive con ella en honores y rodeado de alegres hijos.
 — Yo no amo á nadie más que á tí.
 — Soy una vagabunda; me has encontrado en medio del campo, entre los horrores de una bacanal.
 — Estoy seguro de tu inocencia; la duda no me asaltaría jamás. Pronuncia una palabra; pronúnciala, y serás mi esposa, Silvia: tú serás mi esposa, ó moriré abrasado por la llama de este amor que has encendido en mi pecho.
 — ¡Imposible! — dijo Silvia con resolución.
 — ¡Imposible... imposible!... Siempre esa palabra!

Hubo un momento de silencio, después del cual, dijo Silvia con acento enigmático:

— Muy pronto... acaso mañana... te convencerás de que nuestra unión era una locura. Pero no he acudido á esta cita para hablar de sueños irrealizables.

— ¡Sueños irrealizables! ¿eso contestas á mi esperanza?

— Te pido, — contestó Silvia con mal reprimida emoción, — que no insistas en nada de eso. He querido darte un testimonio de gratitud acudiendo á esta cita. Pero también me guía otro objeto.

— ¿Cuál? habla.

— Vengo también á pedirte algo.

— Silvia... ¿te burlas?

— No, te repito que vengo á pedirte algo.

— ¿Y qué puedes tú pedirme á mí? Soy tu esclavo; manda.

— Quiero que estés aquí mañana á esta misma hora.

— Estaré.

— A la misma hora y en el mismo sitio.

— ¿Me das una cita? — exclamó Octavio con júbilo indescriptible.

— Quizás, — contestó Silvia con acento algo trémulo.

Luego añadió:

— Necesito más.

— Dí, dí cuanto quieras, — exclamó loco de pasión Octavio.

— Permanecerás aquí hasta que la aurora haya iluminado por completo el horizonte.

— ¡Qué rápidas correrán las horas!... ¡Si fuese una noche eterna!

Silvia guardó silencio. Octavio siguió como un sonámbulo, ebrio de ventura:

— Tu voz divina resonará en mi oído durante mucho tiempo, y mi felicidad causará envidia á los dioses.

Silvia callaba.

El joven continuó en un arranque de pasión frenética:

— Hablaremos mucho, ¿verdad, Silvia? Hablaremos de mis pasadas penas y de nuestra felicidad futura. ¿Verdad que hablaremos mucho?

Silvia, sin contestar á las frases apasionadas del joven, dijo con tono imperativo, al mismo tiempo que de una seducción irresistible:

— Prométeme que vendrás.

— Pero... ¿lo dudas?

— Prométemelo.

— Te lo juro.

— Júrame también que estarás aquí todo el tiempo que te he dicho, aun cuando yo tarde.

— ¡Cómo! — interrumpió bruscamente Octavio; — pero tú no vendrás?...

— Depende de los dioses infernales.

— ¿Qué causas podrían impedirte?

— No me preguntes lo que no puedo decirte. Si me amas, obedece.

— ¿No me concedes siquiera el derecho de preguntarte?

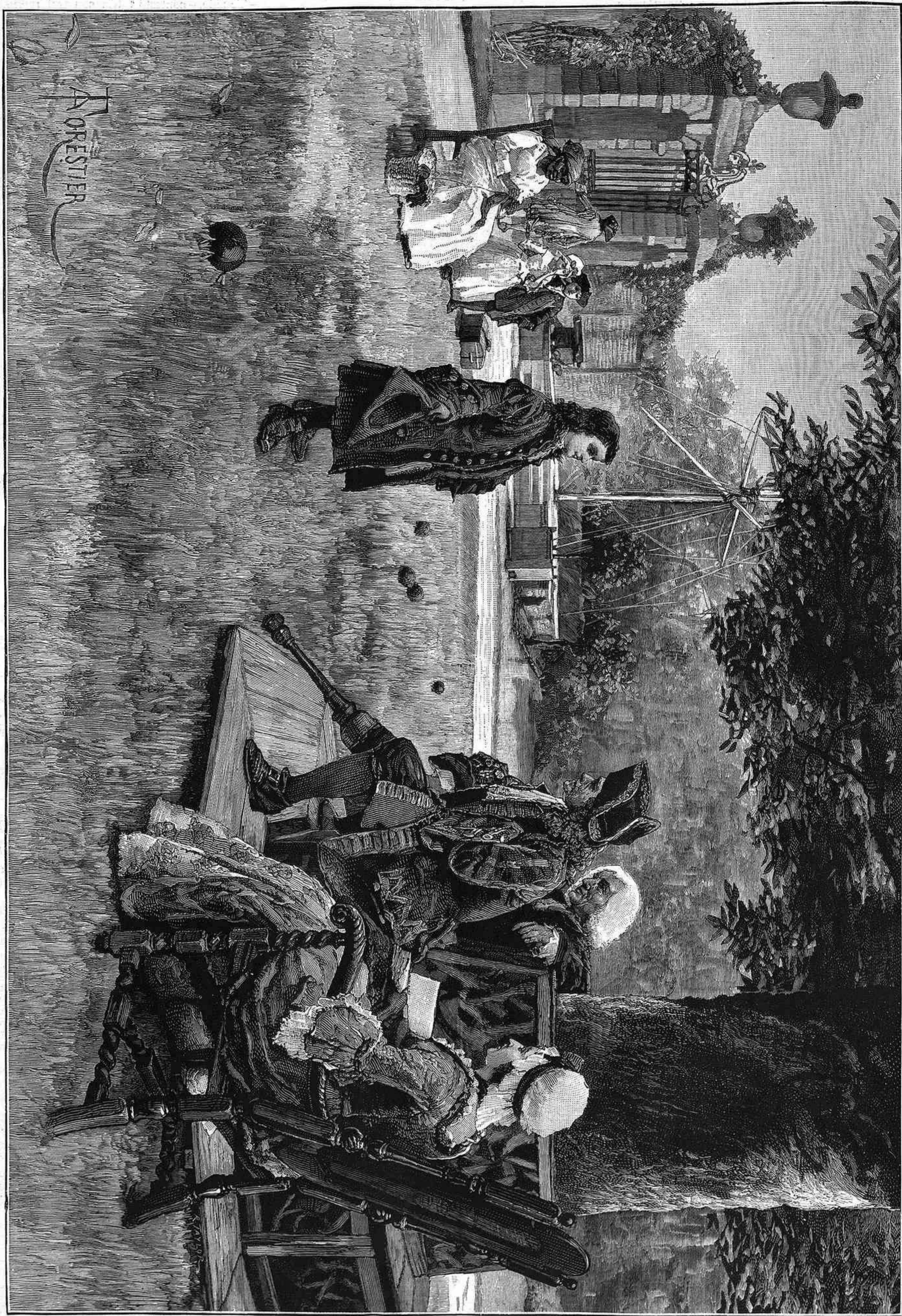
— Me has prometido obedecer.

— Ni la más leve confianza para mí...?

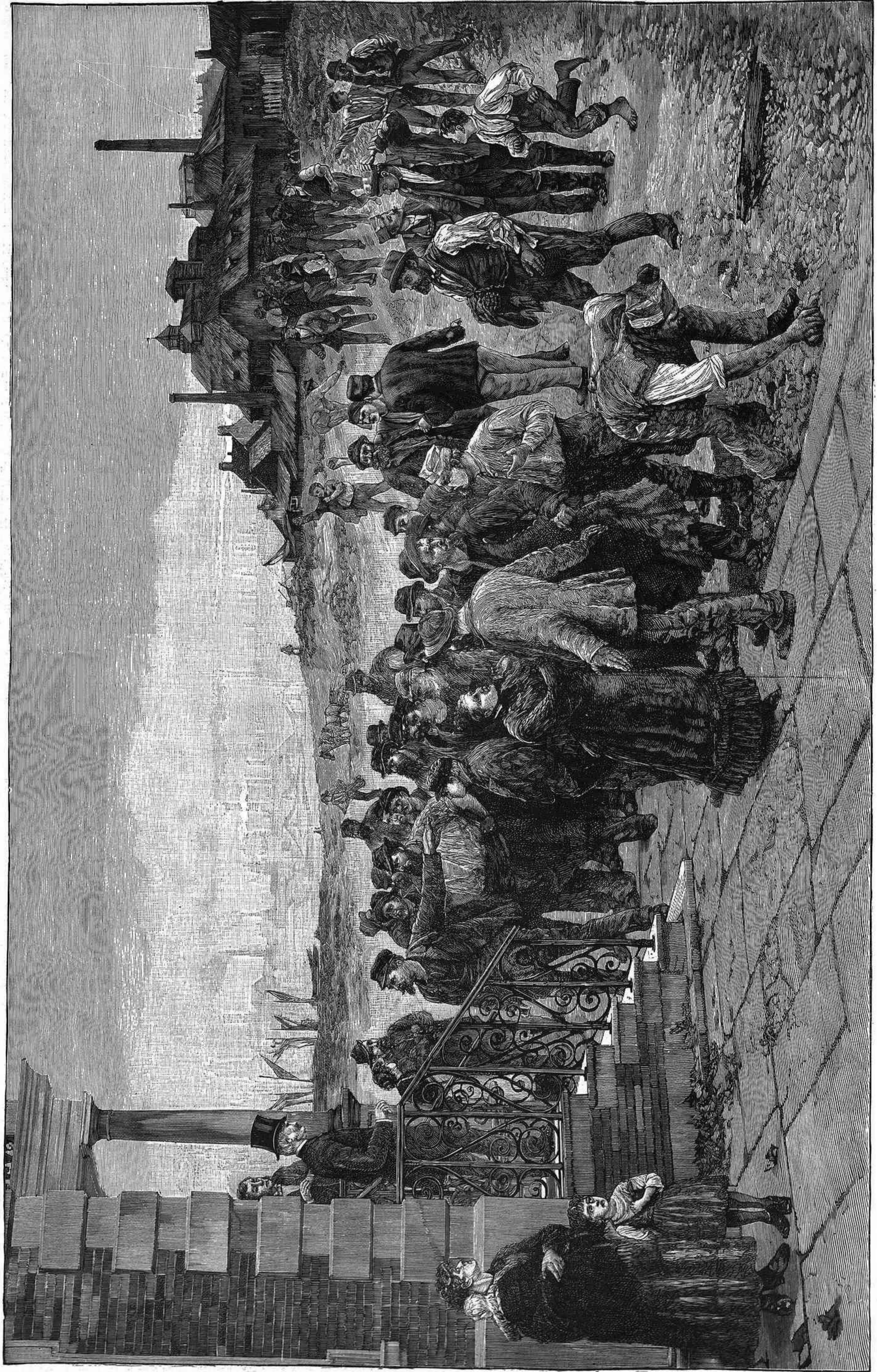
— Si me amas, obedece.



EL MERCADO DE ARBUCIAS, cuadro de Dionisio Baixeras



EL INVÁLIDO, dibujo de A. Forestier



LA HUELGA EN BÉLGICA, dibujo de Roberto Kohler

- Manda, manda... te obedeceré.

- Júrame que estarás aquí todo el tiempo que te pido, aun cuando yo no viniera.

- Te lo juro, sí, te lo juro; me es imposible resistir... Pero, ¿tú vendrás, Silvia? ¿vendrás?

- A no impedirlo los dioses infernales.

- ¡Basta! ¡basta! ya no te pregunto; esa sola esperanza me haría aguardar toda una eternidad.

- Estoy satisfecha de tí, - dijo con acento visiblemente conmovido Silvia. No lo dudes; aun cuando jamás volviéramos á vernos, tu recuerdo vivirá eternamente en mí. Adiós, Octavio.

- ¡Ah! ¿sabes mi nombre? ¿sabes quién soy?...

- Sí; nada más me preguntes. Adiós.

- ¿Hemos de separarnos ya?

- Es necesario.

- Pero ¿por qué no hemos de permanecer más tiempo juntos?

- No puede ser.

- Pero ¿por qué?

- Te pido que nada me preguntes. Adiós, y no olvides lo que me has prometido.

Silvia comenzó á alejarse rápidamente.

- ¡Silvia! ¡por todos los dioses! ¡yo te ruego!... algunos momentos más, algunas palabras más de tus divinos labios!

La voz de Silvia resonó á alguna distancia.

- Adiós, Octavio, adiós...

El joven, víctima de un paroxismo de angustia, no fué dueño durante algún tiempo de moverse ni de pronunciar una sola palabra. Logró al fin dominarse por un supremo esfuerzo, y gritó:

- ¡Silvia! ¡Silvia!

La voz de Silvia repitió, ya muy lejos:

- Adiós, Octavio, adiós.

Nestor se aproximó entonces.



ENRIQUE KAYSER, de Berlín



CARLOS DE GROSSHEIM, de Berlín

Arquitectos premiados con medalla de oro en la última exposición de Bellas Artes de Berlín

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

II. - EDAD MEDIA. - Si los documentos relativos á la historia de las minas en los tiempos antiguos son muy raros, y por regla general poco explícitos, no así en la edad media, en la que abundan y acerca de la cual pueden consultarse obras curiosas; pero antes de recurrir á ellas, debemos observar que la nota característica señalada por Teofrasto quedó completamente inutilizada durante muchos siglos. Los griegos y los romanos sólo hicieron uso de los árboles de sus bosques, así para calentarse, como para las necesidades de su religión, de su industria y de sus hogares domésticos. Fué necesario el descubrimiento de una nueva sustancia negra que sirviera para alimentar fuegos más vivos, más económicos y mucho más cómodos, á los que debe en parte su superioridad la civilización moderna y que no han podido generalizarse sin haber luchado antes con grandísimos obstáculos. El parlamento inglés discutió ya con gran detenimiento una petición que hacían varios ciudadanos pidiéndole que prohibiese su uso. La opinión de que la tisis, enfermedad tan común por desgracia en la Gran Bretaña, proviene del uso de la hulla, estaba de tal modo generalizada que hasta se

ahora y que no se conocían aún las rejillas modernas que facilitan á este combustible todo el aire que necesita para que no se desarrollen humos nocivos ó desagradables. Los explotadores de las minas desconocen todavía el arte de refinar los carbones y de separar las clases que deban reservarse exclusivamente para los usos domésticos (1).

Sea de ello lo que fuere, la tradición más generalizada es que el descubrimiento de la hulla se hizo en el año 1198 por un herrero del país de Lieja, llamado Hullos de Plaincaux, que comenzó á explotar en la parte elevada de Publémont, á la orilla derecha del Mosa, las extremidades de una veta que se prolongaba por el terreno en que desde muy antiguo se hallaba edificada la ciudad.

El barón de Gerlache, primer presidente del tribunal de casación de Bélgica, que ha publicado una historia completa de Lieja, da pormenores muy circunstanciados acerca de una carta otorgada á la ciudad por el príncipe

(1) Tal vez sea posible que los humos que con gran abundancia se elevan por las chimeneas inglesas hayan producido un cambio desfavorable en el clima; pero esto debe atribuirse á las partículas de carbón que se desprenden por ellas á consecuencia de una combustión incompleta, lo cual podría evitarse con el empleo de chimeneas más perfeccionadas.

(Continuará)



VISITA Á LOS DIFUNTOS, copia del cuadro de Wilkers

ULTIMA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BERLÍN



RODOLFO ALT, de Viena



AUGUSTO CORELLI, de Roma



CLAUS MEYER, de Munich



ARMINIO BAISCH, de Karlsruhe



EUGENIO DUCKER, de Dusseldorf



VÍCTOR TILGNER, de Viena



HUBERTO HERKOMER, de Inglaterra



FEDERICO GEESLSCHAP, de Berlín



JUAN EVERET MILLAIS, de Inglaterra

ARTISTAS PREMIADOS CON LA GRAN MEDALLA DE ORO (Copias de fotografías)

obispo Alberto de Cuyek en dicho año, tan importante en la historia industrial del mundo civilizado, y no dice una palabra del humilde artesano que con la misma fecha había descubierto el poderoso instrumento de emancipación y de trabajo del cual se ha utilizado Lieja tan admirablemente. En efecto, hace algunos años el total de los valores creados por la industria de hierro, merced á la hulla, pasaba de cien millones de francos, en el término de esta antigua ciudad. Después ha aumentado, y todo hace creer que continuará en aumento, no obstante los fatales acontecimientos provocados por los enemigos de todo progreso á principios del año actual.



Fig. 1.—Reconstitución de un fósil de la hulla, hallado en la Edad media. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

Era Hullos tan pobre que no tenía pan que dar á sus hijos. Un día en que andaba buscando medios para acabar con su vida, vió entrar en su casa un viejo de barba blanca. Al encontrarle el anciano tan triste, preguntóle

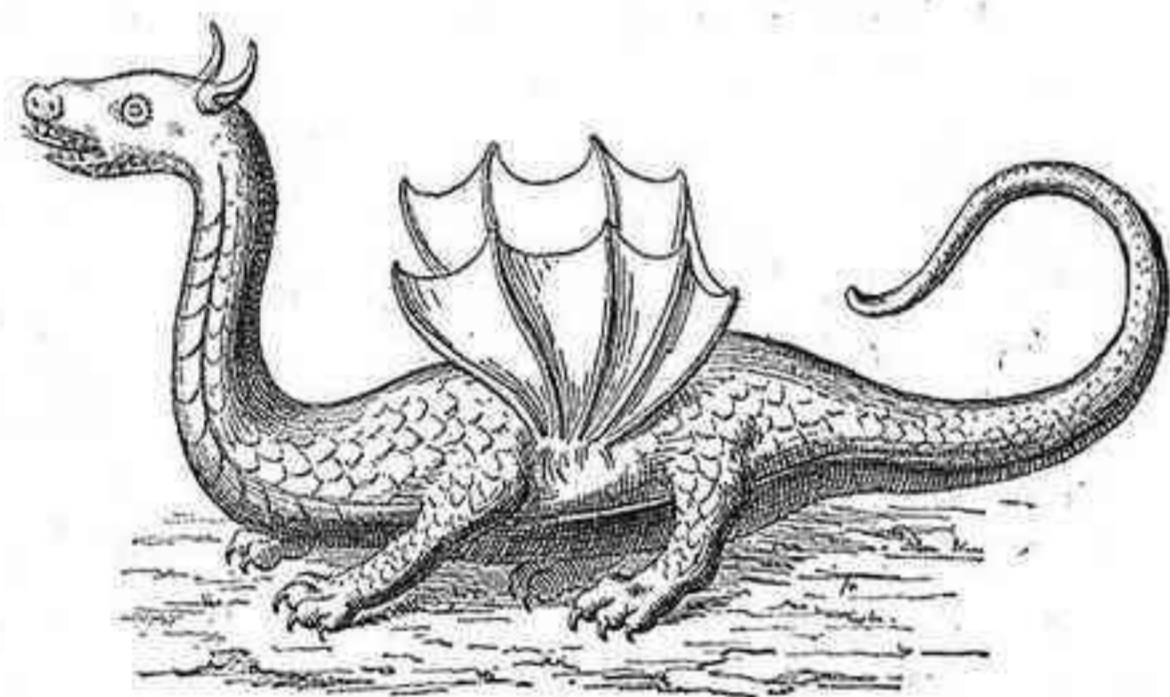


Fig. 2.—Reconstitución de un fósil de la hulla, hallado en la Edad media. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

por la causa que motivaba su tristeza, y el pobre obrero le contestó que siendo tan caro el carbón de madera, no podía hallar ganancia alguna. — Amigo, le dijo el viejo, que era un ángel disfrazado, id á la montaña de Publémont, y hallaréis dentro de la tierra carbón que vale más que el de los montes y no tendréis más trabajo sino el de cogerlo.

Hullos siguió el consejo que le diera el ángel; volvió con una carga de materia negruzca, y vió que ardía tan bien como el carbón de madera de mejor calidad. Como tenía buen corazón, se lo hizo saber á sus convecinos, y estos agradecidos dieron su nombre á tan rica substancia, el mejor regalo que pudo hacer un ángel á los hombres, y que en el glosario de Ducange figura con el nombre de *hulla*.

Litré ha desconocido esta curiosa etimología y confiesa ingenuamente que no conoce ninguna de tal palabra. Otros etimologistas, más atrevidos pero más paradójicos y noveleros, dicen que procede del francés *fouller*, cavar; pero no creemos que merezca ser refutada semejante opinión, por no hacer ninguna ofensa al buen criterio de nuestros lectores. Debemos decir sin embargo á tan extravagantes etimologistas que no tienen presente que la palabra latina *hulla* se usaba en Lieja á fines del siglo XII.

Las supersticiones que devastaban la superficie de la tierra no podían respetar las oscuras galerías que los obreros de la Edad media abrieron con grande atrevimiento á distancias, cada vez mayores, de la boca de los pozos y á profundidades, tanto más pavorosas cuanto que los mineros no tenían otro medio para salir de ellas que el de subir gigantescas escaleras, que todavía se conservan en las minas para el caso de que llegaren á faltar los medios mecánicos á causa de alguno de los muchos siniestros á que se halla expuesto el trabajador subterráneo mientras se encuentra dentro de las galerías. No preocupa al minero de la Edad media la perspectiva de quedarse ciego por alguna explosión, ni la de ser aplastado por la caída de un andamio, ni la de quedar encerrado, sin auxilio alguno, en una cueva en la que puede perecer, así como el peligro de un naufragio no es obstáculo para que el marinero duerma profundamente en su camarote; pero no es extraño que la vida tan rara que en ella hacía le predispusiese á creer con la mayor facilidad las leyendas más extraordinarias. Es indudable que la creencia en los duendes, en los vampiros y otras muchas más supersticiones y patrañas que pretenden mostrar la transformación de los metales ó bien su creación ó levantamiento por una especie de vegetación subterránea, han tenido su origen en los mineros, adeptos natos de la hechicería de la Edad media y que han suministrado un gran contingente á los espiritistas de nuestros días. Bástanos citar la varilla mágica usada hasta el siglo décimo octavo de nuestra era.

A todas horas descubre el obrero los extraños restos de un mundo que ha desaparecido para siempre y que se conserva entre las capas de la tierra, así como entre las

páginas de un herbario se conservan las flores más delicadas. Pero los fósiles vegetales ó animales, que fuera de las entrañas de la tierra dan ocasión á felices resultados, producían en el ánimo de los mineros diferente efecto del que les causaban las galerías subterráneas. En efecto, pasando estos infatigables trabajadores la mayor parte de su vida en las tinieblas, no tenían siempre bien equilibrada su inteligencia; y como en la Edad media se hallasen sumergidos en la más grosera ignorancia, atribuían una influencia sobrenatural á todas sus sensaciones. Sobrecitada su imaginación por las extrañas formas de los esqueletos cuyas huellas veían, poblaban las galerías de vampiros cuyas proezas referían con tono compungido y que hallamos descritas en muchas obras, algunas de sabios de gran valer. Los animales extravagantes que reproducimos en las figuras 1.^a y 2.^a están tomadas del *Mundo subterráneo* del P. Kircher, en cuya obra se hallan, entre muchos defectos de una lamentable credulidad, señales de un verdadero talento científico.

Estos vampiros habitaban las galerías abandonadas, y emboscados entre las tinieblas sorprendían á los mineros que estaban ocupados, ya en abrir galerías, ya en completar su apuntalamiento. A los peligros reales de que por todas partes se hallaban rodeados, aumentaban los trabajadores de la tierra otros que, aunque sólo existieran en su imaginación, les parecían mucho más formidables. Y creíble es que así fuera, pues entre todos los males, los que con más dificultad soporta el hombre son los que él mismo se forja, y con frecuencia vemos que el desgraciado que se cree perseguido por su mala estrella, es el mayor instrumento de su desgracia.

La extracción de las materias que se sacaban de los pozos se hacía de un modo penoso y por medios tan incómodos como limitados, si bien algunos hábiles ingenieros, cuyas obras nos da á conocer el P. Kircher, empleaban molinos de viento, aunque su acción fuese intermitente (fig. 3).

Los mineros prueban con mucha frecuencia la importancia del progreso realizado, ó bien para bajar á las partes más retiradas de su sombrío imperio, ó bien para subir á la superficie de la tierra, para lo cual les basta poner el pie en el *cesto* que sirve para llevar los vehículos llenos de carbón á la plataforma de que dispone la industria moderna; pero no hace muchos años se empleaban constantemente en Escocia grandes escaleras, y las mujeres pasaban los días subiendo el carbón desde una profundidad de 100 ó más metros.

Y no sólo estaban sujetas estas desgraciadas, por espacio

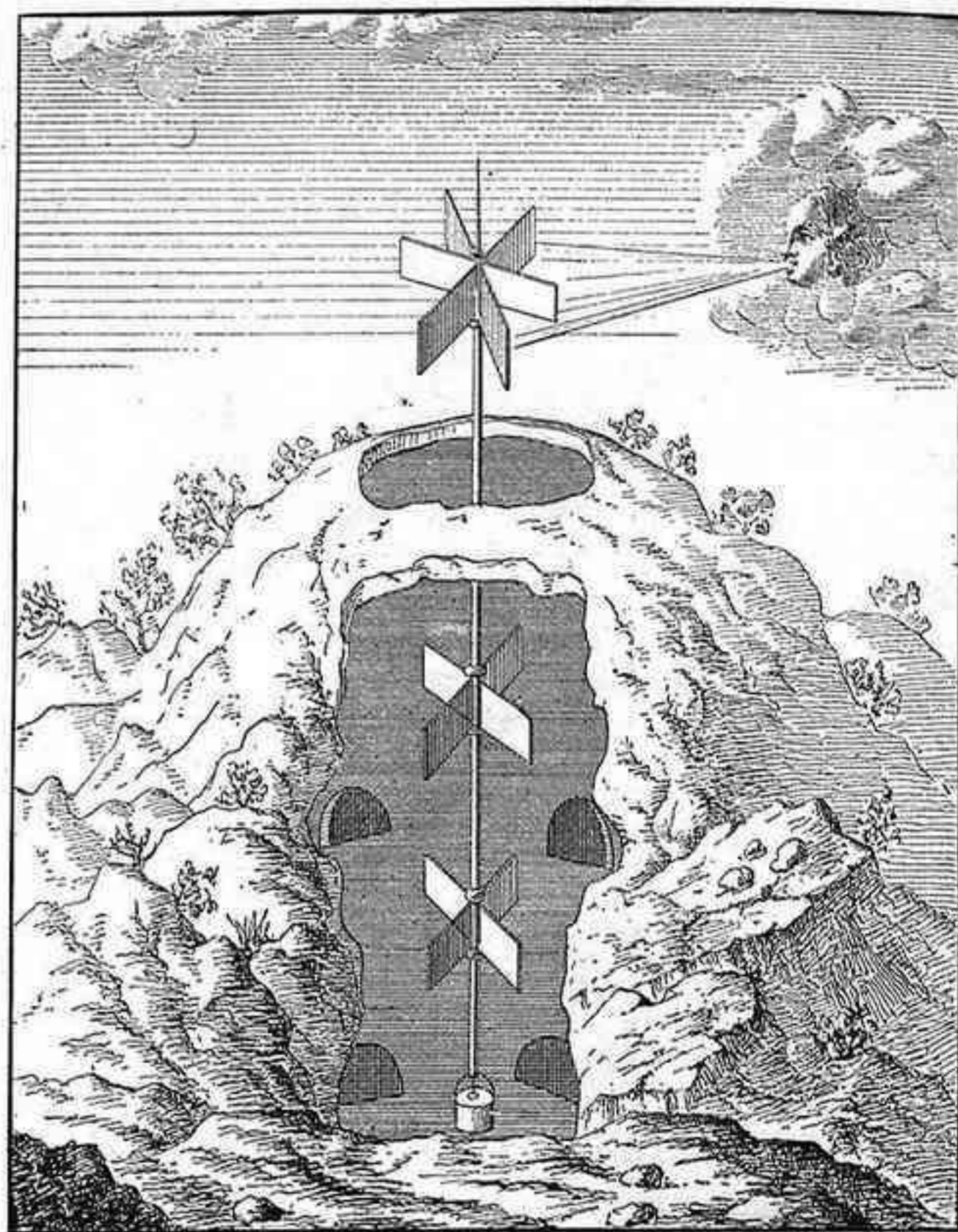


Fig. 3.—Empleo de molinos de viento en las minas. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

de muchas horas, á un trabajo abrumador que ni aun tiempo les dejaba para pensar, sino que bastaba que se rompiese un banzo ó se desprendiese un trozo de hulla de los cestos en que la subían, para que las que quedaban atrás fuesen gravemente heridas ó muertas de repente. Según la expresión de un cronista, si un ángel descubrió la hulla, un diablo inventó las escaleras. El dibujo ejecutado por M. Ferat, inspirado en una lámina del P. Kircher (fig. 4), nos da á conocer que tal ascensión era muy terrible para los hombres mismos, aun cuando la verificasen descargados y sólo la hiciesen para salir á descansar á sus hogares.

No será nunca bastante lo que se diga sobre el cúmulo de sufrimientos que las máquinas de vapor han hecho que desaparezcan de la población minera, sufrimientos y pe-

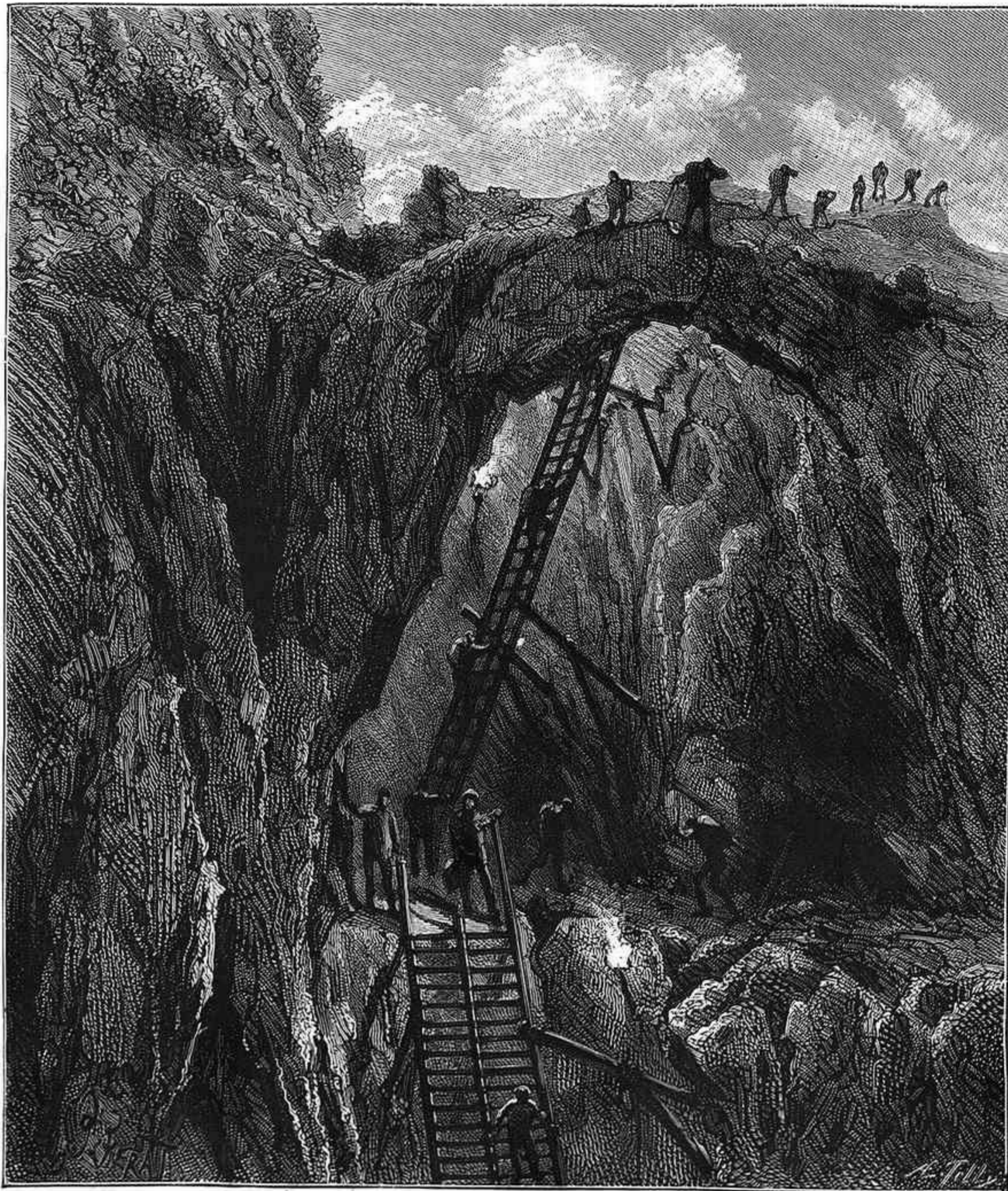


Fig. 4.—Las minas de hulla en la Edad media. Corte que representa la ascensión por medio de escaleras

nalidades que sólo así han podido evitarse. A pesar de las huelgas y de las predicaciones socialistas, siempre habrá mineros; y aunque su condición fuese diez veces peor, siempre habrá hombres valientes y atrevidos que prefieran esta profesión á la de asesinos y ladrones; equivo-

cándose mucho el que crea que ellos la menosprecian y que no sienten hacia las galerías subterráneas el mismo cariño que tiene el marinero al Océano.

W. DE FONVIELLE.

(Continuad)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN